

RAUL ALFONSIN

Por Jesús Rodríguez

En su dilatada trayectoria pública Raúl Alfonsín nos sorprendió repetidas veces. Por caso, cuando erguido en su dignidad improviso en los jardines de la Casa Blanca, reafirmando la doctrina de la no intervención en los asuntos internos de otros estados, frente al titular de la potencia hegemónica, en plena guerra fría. También hubo sorpresa, esta vez acompañada del miedo, al anunciar que marchaba a Campo de Mayo, en la Semana Santa de los alzamientos militares, a conseguir una rendición para evitar un baño de sangre en la Argentina o cuando, de manera imprevista, tuvo que defender desde un púlpito la honorabilidad de su gobierno, evidencia ante la cual han debido rendirse hasta sus mas recalcitrantes detractores.

Quiero, en cambio, referirme a la sorpresa que era capaz de producir en su vida de entrecasa. Es sabido que la conocida perseverancia de Alfonsín hizo posible que, ya mayor, alcanzara a dominar los secretos del uso de la computadora y, también, que su curiosidad inagotable hiciera que destinara muchas horas en perfeccionar sus conocimientos del idioma inglés.

En ese terreno de lo cotidiano, una tarde de fines del año pasado, saldría de mi encuentro con Alfonsín después de su habitual siesta con otra sorpresa, no referida esta vez al accionar del hombre público sino vinculado con las inquietudes de un hombre con una personalidad multifacética.

Alfonsín me esperaba sentado en el sillón de siempre, en el luminoso estar vecino a la sala en la que una imponente biblioteca hasta el techo rodea una mesa central siempre atiborrada de libros y apuntes. Ese departamento de la Avenida Santa Fe había sido acondicionado diez años antes para que Alfonsín pudiera recibir a los líderes internacionales que participarían del Congreso de la Internacional Socialista, pero el accidente sufrido en un perdido camino de Río Negro hizo que el Hospital Italiano fuera el inesperado punto de encuentro.

Los que lo conocieron pueden dar fe del buen trato personal de Alfonsín. Su calidez y la entrañable cercanía que ofrecía a sus interlocutores que siempre incluía la consulta por sus afectos.

Esa tarde, mientras acercaba la taza de te que estaba junto al teléfono en la mesa contigua, Alfonsín preguntó por mis hijas. Lo puse al día con los estudios y ocupaciones de las tres pero se detuvo en una de ellas graduada de la Escuela Nacional de Experimentación y Realización Cinematográfica (ENERC) y me anotició:

Vos sabias que yo de joven escribía guiones de cine? Cuando vaya a Chascomus para las fiestas, si los encuentro, los traigo para que se lo des a tu hija.

La conversacion luego se concentro en una investigación que yo estaba escribiendo sobre el impacto que la dinamica politica argentina durante su período de gobierno había tenido en la democratizacion chilena, ocurrida en 1989. Tenia preguntas para hacerle pero fueron desplazadas, una vez que le transmiti los saludos de los entrevistados en un reciente viaje a Santiago, por el amable y minucioso interrogatorio al que fui sometido sobre las opiniones y puntos de vista de sus numerosos amigos trasandinos.

Al rato, después de ayudarlo a incorporarse y - como siempre- darle un beso en la mejilla, en su inalterable afabilidad me acompañó hasta el ascensor y nos despedimos. En la calle me pregunte que hubiera sido de la Argentina si sólo hubiera abrazado la pasión del cine.

Hoy es posible pensar que, cuando se escriba la historia de este último cuarto de siglo, la noción que se imponga de lo que vivimos en estas últimas horas sea la del respeto. Porque es respeto lo que demostraba el emocionante silencio - solo interrumpido periódicamente por espontáneos aplausos- que abrigaba a la multitud en su orden autoimpuesto en los alrededores del Congreso. Es respeto, también, lo que expresaban los jefes de gobiernos de todas las latitudes y los Presidentes de los países vecinos que, con su presencia física, acreditaban el reconocimiento a su estatura de estadista.

Que Raúl Alfonsín no fue el guionista de La República Perdida y La Historia Oficial lo sabemos. Pero también sabemos que previo al desenlace -cuando el rumbo de la Argentina era la disgregación- se convirtió, y el respeto unánime que se respiró en estos últimos días lo demuestra, en un actor decisivo y protagónico en la construcción democrática de una sociedad que aspira a la realización espiritual y material de todos sus hijos.

Nota publicada en el Suplemento Especial del diario Clarín, dedicado a Raúl Alfonsín, el 3 de abril de 2009.